

Mis
libros

STAR WARS
THE
MANDALORIAN
LA NOVELA



+10

Disney+

STAR WARS
THE
MANDALORIAN

LA NOVELA

Adaptada por Joe Schreiber

Basada en la serie creada por Jon Favreau y escrita por
Jon Favreau, Dave Filoni, Christopher Yost y Rick Famuyiwa

Planeta Junior

© & TM 2021 Lucasfilm Ltd.

Todos los derechos reservados. Usado bajo autorización.

© de la traducción: Noelia Palacios, 2021

Derechos exclusivos para la edición en castellano reservados para España:

Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2021

ISBN: 978-84-08-23704-4

Depósito legal: B. 241-2021

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO




—ES MI MAYOR RECOMPENSA —DIJO

Greef Karga.

Al otro lado de la mesa, el Mandaloriano le dirigió una mirada. Nunca se sabía bien cuándo Karga contaba toda la verdad. Como representante local del Gremio de Cazarrecompensas, soltaba verdades a medias, rumores y mentiras descaradas con la misma naturalidad con que usaba créditos imperiales y discos de recompensas: como herramientas para mantener el frágil y cambiante equilibrio entre los cazarecompensas con que trabajaba y los tipos oscuros a los que servía. Se trataba simplemente de negocios, nada personal.

—Enséñame el disco —dijo Mando, en referencia al pequeño dispositivo holográfico que contenía la información sobre la recompensa.

—No hay disco. Solo cara a cara. —Karga hizo una pausa—. Una comisión directa. Un buen pellizco.




Al Mandaloriano no le sorprendía. A menudo los encargos más provechosos eran los que proporcionaban menos datos, normalmente para proteger al cliente, quien prefería que sus negocios no fueran de dominio público.

—¿Es del Inframundo?

—Solo sé que no hay código de cadena —respondió Karga, sin molestarse en ocultar su impaciencia—. ¿Quieres la ficha o no?

El Mandaloriano la cogió. Era casi una pregunta retórica. Incluso para un cazador con experiencia como él y la reputación que le precedía, las ganancias eran escasas, tanto en los Mundos del Núcleo de la galaxia como en el Borde Exterior. Tras la caída del Imperio, la galaxia parecía haber perdido el norte. Escaseaban la estabilidad económica y las prácticas legales, y si la paz y la prosperidad prometidas por la Nueva República aún tenían que cumplirse, no habían cuajado del todo en un erial como Nevarro. Por estas calles y por muchas otras semejantes, contrabandistas y ladrones, caudillos y matones se dedicaban a sus trapicheos en la sombra y, en ocasiones, a pleno día. La mayoría de las veces la criminalidad prosperaba, pero para los cazarrecompensas los criminales en sí tenían cada vez menos valor.

Paseando por las callejuelas, de camino a encontrarse con su nuevo cliente, Mando pensó en su futuro más inmediato, su próximo encargo, y el siguiente, y el de después.



Infinidad de caras, de planetas olvidados, de nombres reducidos a créditos recibidos y debidos. Tales objetivos conformaban una cadena independiente, un flujo interminable de recompensas que se extendían hacia un porvenir incierto. El Gremio pretendía que los cazarrecompensas cumplieran los encargos sin hacer preguntas, y pasar página rápidamente formaba parte del acuerdo, lo cual al Mandaloriano le parecía bien.

Él ya tenía demasiadas cosas que no podía olvidar.

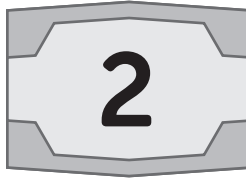
El clamor de las explosiones, el horror en la cara de sus padres, brillantes de sudor —un recuerdo intenso y estremecedor— mientras cargaban con él corriendo por la calle y su mundo se hacía añicos en la Gran Purga.

Por encima de todo estaba el Credo.

En algún lugar entre el pasado oscuro y el futuro incierto, el viaje se presentaba despejado. Allá donde fuera, las destrezas y la fuerza de los mandalorianos le marcaban la vía, un destino que siempre lo estaría esperando.

Ese era el Camino.

CAPÍTULO




—GREEF KARGA DIJO QUE VENDRÍAS.

Mando, de pie ante el Cliente, dejó que reinara el silencio a su alrededor. Para tratarse de un refugio, el lugar no parecía precisamente seguro. Al entrar se vio rodeado por cuatro soldados de asalto, enfundados en sus polvorientas armaduras con heridas de guerra y el bláster a punto. Igual que el Imperio al que otrora sirvieron, los soldados habían perdido toda su autoridad oficial, pero no así su carácter amenazador. Actualmente, trabajaban, luchaban y mataban para el mejor postor.

—¿Y qué más dijo? —preguntó Mando.

—Que eras el mejor en el pásec. —La expresión del Cliente era inmutable. Era un hombre de unos setenta años, pelo blanco y un acento que Mando no acababa de reconocer, pero sus maneras elegantes apuntaban a un pasado como oficial de alto rango del Imperio—. También dijo que eras caro.




No se trataba de una pregunta y Mando no iba a molestarse en contestar. Se percibió un tintineo amortiguado mientras observaba cómo el anciano desplegaba una suave tela negra sobre la mesa y descubría una placa rectangular metálica en el centro del forro rojo. Notó cómo, a sus espaldas, los soldados de asalto se acercaron para ver mejor. Ni siquiera pudieron ocultar su interés por tal tesoro. El Mandaloriano lo reconoció inmediatamente.

—¿Beskar?

—Esto solo es un adelanto —declaró el Cliente—. El resto te espera para cuando entregues el activo.

—Vivo —añadió el nervioso hombre con gafas que tenía de pie a su lado. Presentado como Dr. Pershing por el Cliente, su inquieta entrada en la sala unos momentos antes casi le había valido un disparo si el Cliente no le hubiera pedido a Mando que bajara el bláster.

—Una prueba de su eliminación también sería aceptable, por un precio inferior —aclaró el Cliente, ignorando las objeciones que Pershing balbuceaba—. Solo estoy siendo pragmático. Ser cazarrecompensas es una profesión complicada. —El viejo hizo una pausa para que calaran sus palabras—. El beskar vuelve a manos de un mandaloriano. Es bueno restaurar el orden natural de las cosas tras un período de tanto desconcierto —sentenció el Cliente—, ¿no te parece?



Estuviera o no de acuerdo, el trabajo ya era suyo, y también el beskar. El Cliente le había proporcionado un dispositivo de rastreo y la última posición conocida de la presa. Se abría la caza.

Pero antes tenía que ocuparse de otro asunto.

Cruzó una puerta oculta y bajó unos peldaños hacia las frías y familiares penumbras que le aguardaban. La fundición de la Armera estaba al final de una larga escalinata, en las profundidades, oculta a los ojos de los enemigos que habían confinado la secta bajo tierra. Se trataba de un lugar secreto, una posición vigilada con cautela. Aquí, en las sombras, el círculo constante de las llamas azules ardía con fuerza y el sonido constante del martillo de la Armera confería a la oscuridad una especie de latido propio.

La Armera y el Mandaloriano se saludaron con la cabeza y, cuando le entregó la barra de beskar, la Armera tardó en hablar.

—Esto se recuperó en la Gran Purga —dijo—. Es bueno que haya vuelto con la tribu. —Ella lo miró—. Una hombrera sería apropiada. ¿Te han revelado tu emblema?

—No.

—Pronto. —Su voz se suavizó en cierto modo mientras fundía el beskar en la forja y el metal líquido fluía por un conjunto de canales calientes hasta llenar el molde elegi-



do—. Esto es tremendamente generoso. El excedente patrocinará a muchos huérfanos.

—Eso es bueno —dijo Mando—. Yo también fui huérfano.

—Lo sé —respondió ella, pues poco más había que añadir.

Mando no tardó en ponerse en marcha.

